

EL HURACAN

SEMANARIO POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Librería de M. Roca, Constitucion (Bozne) 90.

PRECIOS DE SUSCRICION:

4 rs. trimestre por adelantado; número suelto 4 céntos.

ADVERTENCIA.

Agotadas rápidamente las dos ediciones del número 45 de EL HURACAN, y deseosa la Redacción de hacer frente á los innumerables pedidos que del mismo se le hacen, y al propio tiempo queriendo ofrecer al público que tanto la favorece la posibilidad de leer el artículo primero de EL PROCESO DEL PAPADO por un precio ínfimo, ha decidido reimprimir esta parte solamente del número penúltimo, disminuyendo así en una mitad el valor de esta hoja.

EL PROCESO DEL PAPADO.

Un proceso que está destinado á llamar altamente la atención, se está instruyendo actualmente en Montpellier.

Un sobrino del difunto papa Pio IX ha llevado ante los tribunales á Mr. Leon Taxil, por la publicacion de una novela titulada *Los amores secretos de Pio IX*.

Tan graves fueron las afirmaciones hechas por el abogado defensor en la vista del proceso ante el tribunal de Montpellier que no nos atreveríamos á estamparlas por nuestra cuenta.

Vamos á traducir las palabras del mismo autor, en las que da cuenta del proceso.

Tenemos por seguro que á la hora presente no estarán muy satisfechos los clericales de Francia por haber impulsado al Conde Girólamo Mastai á procesarnos, con motivo de la novela *Los amores secretos de Pio IX*.

Creo así mismo que cuando se encuentren reunidos en camarilla los que soñaban con el éxito del sobrino del difunto Papa, se morderán los puños de despecho.

La verdad es que se necesitaban personas como las de Montpellier, para llevar á los tribunales un asunto tan poco pulcro.

¡Ah! que magnífico habia de ser contemplar durante la audiencia á aquellos caballeros de hisopo. Habian ido allí por grupos; todo el círculo católico de la capital de Herault estaba presente; las sotanas confundíanse con los hábitos cortos de los jesuitas laicos.

Antes de empezar la audiencia ostentaban ya el aire de verdaderos vencedores. Anticipadamente saboreaban las dulzuras de la venganza. ¡Cuánto gozo para aquellas buenas almas, para aquellos predicadores de la caridad evangélica!

Mas, desde las primeras palabras de nuestro elocuente abogado, la cosa cambió de punto de vista. Las narices de los amables cleri-escarabajos iban prolongándose por momentos. Realmente provocaban á risa.

El proceso no se presentaba como esperaban. Creían que se iba á suplicar las circunstancias atenuantes; esperaban oír al editor de la novela murmurando disculpas. Trajéronnos un manuscrito; creímos lo que decia sobre la palabra del autor y sentimos vivamente que este haya ido demasiado lejos; he aquí lo que ellos se preparaban á escuchar.

No fué así. El acusado se transformó en acusador. La defensa del abogado Delatre, fué una requisitoria.

«No restrinjamos este debate—decia el honorable diputado del Sena—á los estrechos límites de este recinto. Este debate es grande, mil veces más grande de lo que vosotros lo habeis querido hacer. No es al tribunal civil á quien le compete sino á un tribunal superior.»

—¡Cómo!—pensarian los jesuitas de hábito largo ó corto—reclama el tribunal superior; los daños y perjuicios que le amenazan no espantan á este endiablado de Taxil, que aun le faltan la multa y la cárcel!

Mr. Delatre continuó dirigiéndose á los magistrados:

«Señores, este proceso, puesto que se ha empezado, no puede ser una querrela entre simples particulares, en la que uno de ellos se cree herido por un acto civil. Este es el proceso del papado, el proceso de una institucion de la cual Pio IX, personalidad muy discutible, era el representante hace cuatro años.

Se nos acusa de haber calumniado á este Santo-Padre, por haberlo puesto en escena, en una novela, entre dos ó tres *queridas*; más tenedlo entendido, la novela está muy por debajo de la historia. Los historiadores italianos, los historiadores alemanes, los historiadores ingleses han explicado los galanteos de Pio IX con un lujo de detalles y de informes que no dejan lugar á ninguna clase de duda.»

Y entonces empezó el desfile de las queridas del Gran Infalible.

1.^a Teresa-Isabel, su hermana, deshonrada por él en su juventud; esta desgraciada, perdida la vergüenza fué á parar á una casa de prostitucion de Nápoles.

2.^a La esposa de un Comandante fiscal de provincia.

3.^a La señorita Morandi, su hermana de leche, que casó con el cantante Ambroggi, elevado á la dignidad de Obispo cuando Pio IX fué papa.

4.^a Lena, hija de un mercader de Senigaglia, que despues fué esposa de un coronel.

5.^a La princesa Elena Albini; mas tarde duquesa de Litta.

6.^a y 7.^a Las dos hermanas Simonelli, penitentas su-

yas cuando fué en mision á su ciudad natal.

8.^a La señorita Ferreti, que despues se hizo monja en el monasterio de Gubbio.

9.^a Felicita, abadesa de Foguano, con quién sostuvo relaciones que traspasaron las conveniencias de la edad y de la honra.

10.^a Doña Clara Colonna, esposa de Vincenzo Colonna era la que subvenia á sus necesidades; ella fué la que pagó los gastos de su elevacion al cardenalato, ó sean más de treinta mil francos.

11.^a La Condesa Galetti.

12.^a Teresa Giraud, antigua criada de una princesa, que supo hacerse casar primero con un rico inglés M. Dotwent y despues con el encargado de negocios del rey de Baviera, el Conde de Spaur. La intriganta Condesa de Spaur fué, de las queridas del papa, la que más le dominó. Una huida de los dos amantes ha quedado escrita en las páginas de la historia: la huida de Gaeta, en la que Pio IX, entonces papa, disfrazado de criado viajaba en coche con la Condesa, llevando sobre sus rodillas la criatura de ella. Consigna este hecho un telégrama oficial del Cónsul napolitano de Civita-Vecchia, fechado en 25 Noviembre de 1849.

13.^a La hermosa Pamela, hija del amo de la fonda del Jardín, en Gaeta, la cual dejó á Su Santidad *desagradables recuerdos*.

Mientras el abogado Delatre enumeraba estos hechos, que la mayor parte de periódicos han reproducido, mientras citaba nombre por nombre los muchos personajes que han declarado contra Pio IX todas estas acusaciones de adulterios y desórdenes, los señores sotanas avinagaban su semblante; á cada nueva querida que se ponía á la vergüenza pública, su cara cambiaba de color pasando por todos los matices del arco iris y aun más.

¡Ah! si les hubiera sido entonces posible ahogar este proceso!

¿Y quienes eran los hombres que Mr. Delatre presentaba como testimonios irrecusables? ¿Eran personalidades desconocidas, faltas de peso?

Hé aquí sus nombres:

Petrucelli de la Gatina, uno de los miembros más eminentes del parlamento italiano;

Luis Pianciani diputado de las Constituyentes de 1848 hoy alcalde de Roma;

Cattabane, Consejero del tribunal supremo de Ancona;

Peruzzi, actual alcalde de Florencia;

Monseñor Folicardi, obispo de Faenza,—fijarse bien: ¡un obispo!

Troloppe y Oiven Legge, los dos célebres historiadores ingleses;

Verdinois, cónsul del rey de Nápoles en Civita-Vecchia en 1849;

El general Bellot de Vignes, gran preboste de la armada francesa durante la ocupacion romana;

El Conde Pepoli, comisario principal de la informacion ordenada por el gobierno italiano.

Al llegar el abogado Delatre á la cuestion de los asesinatos la causa estaba ya ganada ante la opinion pública, y el elocuente abogado no tuvo necesidad mas que de indicar ligeramente algunos asesinatos y envenenamientos de este Papa, al que los clericales ponen como un Santo. La multitud, el verdadero público, aquel para quien no se habian reservado los puestos de honor en la sala, temblaba de horror. En cuanto á la clericalia no hacia otra cosa que bajar la cabeza. Los autores de la causa pasaban á ser los procesados.

El resultado de este gran proceso, apenas empezado, es que la canonizacion de Pio IX, soñada por unos pocos fanáticos, experimentará por ahora, alguna dificultad en poderse realizar.

Desde ahora les será sumamente difícil á los curas proponer á Juan María Mastai, para los honores del calendario.

La sumaria relacion de la vida de este mónstruo, deja entrever lo que serán las revelaciones completas el dia que del tribunal civil nos hagan pasar al superior.

Desgraciadamente, nuestros adversarios no se atreverán á llevarnos ante el jurado.

Pero, no ¡importa! nuestra será la gloria de haber provocado este precioso debate y haber aclarado algo la existencia, cubierta de ignominias y crímenes, de un segundo Borgia, al que se ha tenido el valor de querer convertir en un semi-dios.

LEON TAXIL.